

# Un lugar soleado para gente sombría

SHA SHA GUTIÉRREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú  
 ssgutierrez@pucp.edu.pe

**U**n lugar soleado para gente sombría (2024), es el tercer libro de cuentos de la escritora argentina Mariana Enríquez, reconocida figura del terror latinoamericano. Este libro explora el interés de la autora por las historias de fantasmas, posesiones y casas embrujadas. Sin embargo, a diferencia de otros cuentos suyos como *Los peligros de fumar en la cama* (2009) y *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), estos textos fueron escritos bajo el contexto de la pandemia y el avance de la derecha en Argentina. Esto último es clave, porque en los doce cuentos que conforman el libro se plantea a grosso modo una sociedad fracturada por la violencia y la falta de confianza en el otro. Por ello, algunos de los personajes terminan eligiendo el aislamiento como mecanismo de defensa.

Pensemos, a manera de ejemplo, en el cuento “Julie”. Este personaje es estigmatizado dentro de su familia por su aspecto físico y sus prácticas sexuales con fantasmas. “I became a monster”, confiesa ella, “but they want me anyway” (p. 81). Frente a esta situación, sus padres deciden encerrarla en un centro psiquiátrico, pero gracias a la ayuda de la narradora, Julie termina eligiendo una vida de clandestinidad, lejos de su familia. Lo que llama la atención en el texto es cómo la ausencia de este personaje es más tolerable que su presencia, convirtiéndose así en una desaparecida que nadie quiere reclamar.

Otro personaje que opta por una vida de encierro es Emma, la protagonista de “Mis muertos tristes”. A pesar de vivir en un barrio asediado por fantasmas, ella descarta la posibilidad de mudarse, porque “en el barrio está mi casa, y en la casa está mi madre” (p. 9). En ese sentido, el fantasma de la madre es uno que no puede ni quiere dejar atrás. Gracias a su capacidad de médium entre los vivos y los muertos, Emma es convocada por sus vecinos para desalojar a los fantasmas que asaltan el barrio



## Un lugar soleado para gente sombría

Mariana Enríquez  
 Anagrama  
 Barcelona, 2024, 229 pp.

(el uso del verbo “asaltar” no es gratuito, porque el barrio de Emma sufre altos índices de violencia y esto crea inseguridad ciudadana entre los vecinos). Sin embargo, estos fantasmas se niegan a marcharse, porque no olvidan cómo ni por qué murieron. Por ello, aparecen noche tras noche, con un grito ensordecedor, para que sus víctimas-victimarios no puedan descansar en paz: “Bajo el odio en su mirada de fantasma, Matías tenía el miedo impregnado, la adrenalina de su última noche cuando, además de morir, supo que estaba solo, que nadie iba a ayudarlo ni siquiera marcando un número de teléfono, que estaba rodeado de verdugos sin capucha, escondidos tras máscaras de clase media y buena vecindad” (p. 28). Los vecinos de Emma son descritos de esta manera por su indiferencia frente al dolor del otro. Matías es confundido con un ladrón y, por esta razón, es ignorado cuando pide ayuda. Parafraseando a Judith Butler, es un cuerpo que no importa. Por todo ello, Emma se niega a rehacer su

vida. Elige vivir al margen de su familia porque no puede ni quiere abandonar a sus “muertos tristes”. En ese sentido, asume el papel de guardiana de la memoria en una sociedad fragmentada por el miedo a la alteridad.

La disposición que tiene Emma para auxiliar al otro también se encuentra presente —aunque de forma problematizada— en otros cuentos como “Ojos negros” y “Un lugar soleado para gente sombría”. En ambos relatos, las protagonistas deben lidiar con sus fantasmas internos (la culpa, el duelo, el miedo) para sobrevivir en un entorno que ha normalizado la violencia y el abandono estatal. En estos textos, la figura del *homeless* encarna la alteridad por antonomasia y pone al descubierto el síndrome del salvador que tienen las protagonistas. Por un lado, “Ojos negros” narra la historia de un grupo de voluntarios que se niega a abrirle la puerta del auto a dos muchachos de aspecto “sospechoso” (no tienen iris, ni pupila, ni esclerótica). Los temores de la protagonista se confirman hacia el final del relato, con la imagen de un barrio extinto por obra de estos seres sobrenaturales. Por otro lado, el cuento homónimo del libro compagina la historia de Elisa Lam —un personaje que cobró popularidad por su misteriosa muerte en el Hotel Cecil— con la historia de una periodista que ha perdido a su novio por una sobredosis. El centro de Los Ángeles se convierte en un espacio inhóspito para la narradora, porque “jamás había visto tantos *homeless*, tantas personas hablando solas, tanta desolación y abandono” (p. 107). Sin embargo, su relación con ellos es ambigua, porque no puede evitar ver a su ex en uno de ellos y siente el impulso de ayudarlo a drogarse.

Los fantasmas de estos relatos adoptan múltiples formas, y su irrupción en el mundo resulta incómoda porque tienen algo que decir acerca del pasado o el futuro que consciente o inconscientemente construimos a costa de otros.